

El Mercurio. Santiago, Dgs. 10 de agosto
de 1980.

13

Ernesto Montenegro: *Jobito* Mi Tío Ventura

Por Ignacio Valente

Ernesto Montenegro: ¡qué prosa estupenda! Nuestra literatura tiene esa riqueza peculiar, que consiste en ofrecer, incluso y precisamente a quienes nos dedicamos a su relectura y reordenación constante, sorpresas siempre nuevas. Leí hace mucho tiempo este hermoso libro que hoy reedita la Editorial Andrés Bello. Conservaba de él un recuerdo grato pero difuso. Al evocar a nuestros mejores prosistas de este siglo, muchos otros nombres opacaban el de Montenegro. Pienso cuántos autores nuestros, narradores y poetas, corren esta suerte: oscurecidos en la penumbra del segundo plano, su memoria se nos difunde; pero releídos al cabo del tiempo y bajo una perspectiva nueva vuelven a aggrandarnos, y pensamos en tantos otros ciclos literarios —los más vecinos, los de otras naciones hispanoamericanas— donde su estatura, no empujada por otras más aparentes, les permitiría figurar con justicia en un primerísimo plano.

Ya de entrada nos seduce la presentación del personaje, tan legendario como real, tan castizo como universal, emergiendo de un olvidado rincón del mundo criollo para convertirlo, por virtud propia, en un posible centro del universo: "A medida que el sol amarillento de estos días de invierno va recortando más y más sus rayos oblicuos a lo largo de la pared, mi tío Ventura, como si fuera la sombra del cuadrante en un reloj solar, va retirando también su sillita de brazos para el fondo del corredor, y ahí se queda por último horas de horas ensimismado, afirmando la barbilla en las manos apoyadas sobre el puño de su garrote. Sus ojos ciegos, de un azul de menzulla muy lavada, miran sin pestañear al sol que asoma por encima del tejado de la iglesia. Poco a poco el viejecito se anima (...) y hasta su bastón parece brincar entre los dedos, mientras su voz cascada y temblorosa va salmodiando uno de esos romances picarescos con que entretiene sus horas de vigilia. De tarde en tarde saca su bolsa tabaquera, fuese un cigarrillo de hoja, y después de encenderlo, levanta el fósforo a la altura de los ojos para quedarse embobado mirando la llanita hasta que le chamusca los dedos".

Así comienza el cantar de este Homero criollo, cuyos historias —tanto la suya como los 26 relatos siguientes— tienen ese encanto popular autóctono que, por ser nativo pero no "criollista", alcanza la grandeza de lo universal. Hablaba yo de su relectura bajo una nueva perspectiva. Ella es la del dilema constante que, en cada paso de nuestra literatura, se plantea entre el criollismo y el universalismo. Personalmente, el problema me preocupa hoy en dimensiones muy diversas de nuestra cultura: la filosofía, la poesía, el relato. Mi conclusión provisoria es que la disyuntiva —que en el fondo no lo es— carece de una respuesta general. Cada autor puede aproximarse cuanto quiera a sus raíces más nativas y nacionales o a su inspiración más remota y cosmopolita; nadie sino su conciencia artística puede dictarle el camino para ese retorno al origen que es toda verdadera literatura. Puede decirse que algunos escritores

suerte de inspiración internacional sin fronteras, y también quienes la encontraron en la veta profunda de lo nacional. Y quienes, por supuesto, cabalgan airosoamente entre ambos términos.

Yo diría que Montenegro rescata una vena hondamente criolla, donde la sabiduría popular campesina de nuestra tierra resplandece en toda su verdad humana —y por eso mismo universal—; pero, por idéntica razón, no le haríamos justicia al adjudicarle ese gastado adjetivo de criollista, que evoca la penosa imagen del autor recolector, tributario de Zola, libreta o grabadora en mano, que saca patente de chileno recogiendo tal cual la casaca más externa de nuestra identidad nacional. Mi tío Ventura es un relato chilénísimo como pocos, pero lo es con naturalidad, casi sin proponérselo, porque sí, y desde luego sin la estridencia programática de un ítem.

Ese viejo de ochenta y tantos años, escritos como en pergamino con los caracteres de sus propias arrugas, hace de su mundo —el verde valle de Aconcagua— un universo autosuficiente. Su oficio le ha perfeccionado el tacto como un instrumento de precisión, que en el roce de los agujas faciles reconoce a cuanto recién llegado se le presenta. Y su prodigiosa memoria se hunde en el pasado más remoto de la familia, del lugar, y también de esas regiones y épocas legendarias que hacen su grandeza como contador de fogón, socarrón y sencillo a la vez, lleno de gracia en el reír y en el narrar, y por eso tan bien visto en los velorios, "donde comienza por encabezar los rosarios de quince casas con las mujeres, para terminar espantándoles con sus chascarros el sueño a los hombres a la hora en que el vaso y el mate pasan de mano en mano". Rodado de un vasto auditorio infantil, en el instante de mayor suspense pide un poco de mosto porque "me ha dado una sacasión muy grande al pecho". "Sólo que el tuflido de la bebida alcanza al fin a los personajes, y aun las mismas damas de la Corte dan en reírse con descaro, y el propio Rey comienza a usar palabras malsonantes", hasta que alguno de los mayores asoma para pedir moderación.

Los personajes de sus historias se impregnan no sólo del espíritu del mosto, sino también de una radical chilendad, viendo como vienen de ese patrimonio universal y migratorio común que forman las leyendas de los pueblos más distantes de la tierra. He aquí un hecho curioso. El argumento de los relatos es el mismo en San Felipe, en el agro alemán de hace dos siglos o en la capital rosista de hace cuatro; pero encada lugar y tiempo los nombres y atributos de los personajes se mimetizan. Así se tornan esencialmente chilenos, en estos cuentos, no sólo el eterno Pedro Urdemales, sino las arquetípicas princesas encantadas, los magos, los animales que hablan, las almas en pena, los jóvenes aventureros, los clérigos, los soldados, los ladrones, San Pedro, el diablo, y cuanto personaje de la tierra, el cielo o el infierno.

Es difícil saber qué vale más: si el propio

Ernesto Montenegro: mi tío Ventura [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ernesto Montenegro: mi tío Ventura [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile